



LA JERARQUIZACIÓN DEL CONOCIMIENTO, LAS NUEVAS FORMAS DE GOBERNANZA A DISTANCIA Y LA MERCANTILIZACIÓN DE LOS DERECHOS HUMANOS

Neo-colonización, índices e indicadores

The hierarchization of knowledge, new forms of governance at a distance and the mercantilization of Human Rights: neo-colonization, indicators and indices

HELEN AMRHEIN

Universidad Federada de Costa Rica, Costa Rica

KEY WORDS

*Hierarchization of Knowledge
Human Rights
Indices
Neo-Colonization
Governance*

ABSTRACT

The proliferation in the uses of indicators in the human rights area have rendered and naturalized them into new forms of knowledge construction and hierarchization, as well as tools of governance at a distance. As a consequence of this naturalization in its uses, the democratic political processes of reflexivity and concertation have been undermined by the hierarchical construction of technical knowledge as superior. Despite their huge limitations, opacity in their construction and essentialism, indicators are portrayed in our evermore imbued by corporate values societies, into new forms of power/knowledge, violence and neo-colonization. Through an ethnographic approach this research follows the historical evolution of indicators, from astronomical tools of measurement to their uses as instruments upon which political, economic and social policies are taken.

PALABRAS CLAVE

*Jerarquización del conocimiento
Derechos humanos
Indicadores
Neo-colonización
Gobernanza*

RESUMEN

La proliferación en la utilización de indicadores en el área de derechos humanos, los ha convertido y naturalizado como nuevas formas de construcción y jerarquización del conocimiento, así como en herramientas de gobernanza a distancia. Como consecuencia de esta naturalización en los usos, se han minado los procesos políticos democráticos de reflexividad y de concertación, al limitar el debate y los consensos necesarios en la toma de decisiones políticas, socavados por una jerárquica construcción de supremacía de las decisiones técnicas. A pesar de sus grandes limitaciones, la opacidad en su construcción, y su esencialismo, los indicadores en nuestras sociedades permeadas por valores corporativos, se han constituido en nuevas formas de poder/saber, así como de violencia y neo-colonización. Siguiendo una investigación etnográfica, este trabajo sigue la evolución histórica de los indicadores desde sus inicios como herramientas de medición astronómicas, hasta sus actuales usos como instrumentos de evaluación imperiosos en la toma de decisiones políticas, económicas y sociales.

Introducción

Es innegable la agilidad que aportan los índices e indicadores, al facilitar la presentación de gran cantidad de datos, los que normalmente requerirían para su exposición, de una gran inversión en tiempo, esfuerzo e interpretación especializada. Su presentación de esta forma así condensada, permite sin duda su rápida comprensión y difusión a amplias y diversas audiencias. Los increíbles avances en el desarrollo de áreas como la informática y las comunicaciones, han hecho posible que la tecnología utilizada para la recolección y contabilización de grandes cantidades de datos, sea accesible a una escala casi mundial, a costos relativamente bajos y con programas amigables para los potenciales usuarios; factor que ha sido crucial en la proliferación y naturalización del fenómeno.

Los datos y la estadística forman parte de nuestra vida diaria, aunque en la mayoría de los casos no seamos conscientes de su prevalencia e importancia, así como tampoco del poder que estos datos ejercen, no solamente sobre nuestros entornos nacionales e internacionales, sino también a nivel de nuestra vida personal, tanto pública como privada. Así al nacer, somos pesados y medidos, se nos asigna una identificación numérica que nos acompañará e identificará el resto de nuestras vidas y dará cuenta de nuestra muerte. Iniciamos así, nuestro ingreso a un mundo paralelo; a un mundo de números y estadísticas en el que como si de un diario de vida se tratara, la mayor parte de nuestros actos van siendo archivados, formando parte de los datos que irán construyendo nuestros perfiles personales de información.

Gracias a los avances tecnológicos, todos nuestros datos personales como edad, educación, reportes académicos, bodas, divorcios, empleos, multas de tránsito, enfermedades y en nuestra época gracias a la virtualización del dinero, todas nuestras transacciones económicas, desde nuestro mercado semanal, hasta la compra de un coche o viajes, quedan registradas y son además agregadas a otras miles de millones de transacciones diarias alrededor del mundo, información que es catalogada y codificada tanto por instituciones públicas como privadas a nivel local y mundial, en lo que se constituirán como los datos necesarios para ser utilizados como parámetros sobre los cuales establecer patrones de conducta, con los cuales construir por ejemplo, patrones de consumo que servirán para diseñar tanto políticas públicas, estrategias mercado, predicciones sobre salud, vivienda o determinar y establecer todo tipo de rankings, desde cumplimientos de derechos humanos, hasta pretender determinar cuál es el país más feliz del mundo. Esta información estadística será utilizada y nos afectará

personalmente en las más diversas formas imaginables, desde establecer si nuestros hijos e hijas cumplen con los criterios mínimos para ingresar a ciertos ámbitos educativos considerados como “líderes” o si por el contrario, deberemos aceptar que forman parte de lo que el sistema considera como promedio; cuánto pagaremos por nuestras hipotecas y seguros de vida, o la última pastilla “milagrosa” en boga que nos recetará nuestro médico para la presión, y claro adelantarse a nuestros gustos y patrones de consumo, para diseñar los nuevos productos acorde a los gustos reflejados en nuestras compras y diseñar así productos “a la medida” para ser lanzados al mercado.

Como vemos, esta proliferación de lo que se ha denominado como nuevas tecnologías de medición, que pretenden medir y jerarquizar, casi todas las actividades y fenómenos humanos, ha sido gigantesca. Su desarrollo y expansión las ha convertido en herramientas indispensables para presentar datos y evidenciar situaciones, pero esta naturalización en sus usos ha ido paralelamente oscureciendo cada vez más, los amplios cuestionamientos y discusiones históricas sobre sus grandes peligros. La fuerza de su irrupción, ha cambiado y distorsionado la toma de decisiones en áreas que otrora se distinguían por su alta reflexividad, investigación y ponderación y desde las cuales, gracias al diálogo y al debate, surgían construcciones de significados comunes, situados dentro de sus nichos vitales; acuerdos y significados que servirían para guiar las políticas nacionales e internacionales, así surgidas desde un proceso democrático de consensos, proceso que como veremos se ha visto grandemente debilitado como resultado del poder de las nuevas tecnologías de medición, cuyo exponencial incremento y su correspondiente naturalización, las ha convertido en nuevas formas de producción de conocimiento y gobernanza (Engle Merry, 2011; Davis, Kingsbury et. al., 2012; Liebowitz y Zwingel, 2014), las cuales despojadas de sus procesos de reflexividad y debate, aunadas a la incorporación de prácticas de métrica comercial y corporativa, tales como su uniformidad y posibilidades de comparación evaluativa o benchmarking, las posicionan como un pretendido producto terminado y científico, que ha desplazado los centros de poder político mundial, hacia lo que algunos autores han denominado como “new centers of calculation” (Engle Merry, 2011), término que se podría traducir como “nuevos centros de recuento”; entendidos estos como nuevos los nuevos centros de poder hegemónico, político y económico.

Esta incesante producción de índices e indicadores cada cual, con su propia metodología en la construcción de sus variables, es presentada al público como la más clara y exacta medición del fenómeno que se pretende medir, opacando de esta

forma las gigantescas áreas oscuras que se esconden, bajo su aparente manto de transparencia y sencillez. Así los indicadores, presentados como un método científico y objetivo, han sido convenientemente naturalizados tanto por aquellos a quienes sirve como herramienta de gobernanza a distancia, como por aquellos a quienes sirven de excusa para no asumir la responsabilidad ante sus electores de sus decisiones políticas, al ofrecerles un instrumento que les permite escudar su inopia, bajo el argumento de que la evidencia “técnica” presentada por los indicadores no deja lugar a cuestionamientos políticos.

En suma, una jerarquización del conocimiento que otorga a los argumentos técnicos y científicos, supremacía sobre todas las otras formas de conocimiento. Sus usos permiten por tanto, no solamente la elusión y dilución de las responsabilidades políticas, sino también la limitación de los poderes de decisión soberanos, ya que al depender las naciones o instituciones de la asignación de recursos internacionales, se ven obligados a asumir formas de auto-regulación, que constituyen nuevas y solapadas formas de gobernanza a distancia, asentadas en prácticas de lo que Foucault llamó técnicas disciplinarias y Byung Chun Han ha denominado como formas de auto-explotación (Han, 2014). Estas nuevas formas de poder/saber diseñadas para controlar y dirigir las conductas (Gordon, 1991), se aplican al filo de lo que constituye una violenta forma del poder, entendido este según la definición de Foucault que establece que, el elemento que permite distinguir un acto violento de uno que no lo es, radica únicamente en que quien sufra los embates del poder, logre mantener la posibilidad de actuar libremente. Esta limitación al libre actuar y decidir de las naciones, mina también los valores democráticos primordiales del diálogo, la discusión y la concertación, lo que refuerza los cuestionamientos sobre la implementación de nuevas formas y estrategias de neo-colonización, en las que la imposición de políticas surgidas desde los poderes hegemónicos, queda encubierta bajo la cortina de la auto regulación. Para entender claramente el poder de estas nuevas formas de poder/saber y su naturalización, es útil hacer un pequeño recorrido histórico en su desarrollo.

Una breve historia de los indicadores y sus usos

Stiegler, (1986) apunta que lo que hoy en día conocemos como estadística, se desarrolló gracias a la mezcla surgida de la combinación de las mediciones astrológicas, las observaciones de geodesia y la evolución de la comprensión del papel que juegan las probabilidades y la inferencia. A pesar de que algunos autores sostienen que la

estadística como la conocemos en nuestros días, no surge sino hasta finales del siglo diecisiete (Anderson, 1992; Kendall, 1960; Shogan, 1999), otros autores sostienen que ya desde 3.500 años a.C. durante la época egipcia, se conocían y aplicaban métodos estadísticos (Eves 2002). Al hablar de la historia de la estadística, son los romanos tal vez el pueblo generalmente más conocido por sus usos; recordemos por ejemplo el famoso censo bíblico de la Natividad cristiana. Roma ejerció un fuerte dominio y control de las poblaciones y bienes dentro de su gigantesco imperio gracias en parte, a un estricto control de la información que lograba recabar.

Luego de la caída de Roma los usos estadísticos declinaron casi completamente, por lo que la información sobre nacimientos y muertes durante la Edad Media es poca y confusa; limitándose a los registros llevados muchas veces de manera independiente, por algunas abadías y gobiernos locales. Según Foucault (1991) durante el siglo XVI surgen en occidente, nuevas formas de conocimiento y aparatos administrativos de la mano de las nuevas monarquías territoriales, las que dan paso a nuevas formas de gobernanza en las emergentes ciudades estado. Esta nueva ciencia se llamó estadística, que literalmente quiere decir: ciencia del Estado. Al hacer un recuento histórico de los datos estadísticos desde esta época, se evidencian claramente las construcciones y prejuicios de raza, clase y género imperantes en los diferentes Estados, reflejadas en los datos recopilados. Queda claro que quién censa, tiene el poder para determinar qué o quienes se consideran como importantes de ser censados. Así por ejemplo a pesar de que en muchos países occidentales los censos poblacionales fueron mandatorios desde los siglos XVII Y IXX, no existen muchas veces datos sobre grandes sectores de la población como por ejemplo mujeres, niños o esclavos, ya que el criterio normalmente utilizado era el de hogar, es decir se censaban los hogares en la figura de su representante o cabeza de familia únicamente; los sirvientes, niños, mujeres y esclavos, se consideraban como pertenecientes a este, no como seres dignos de ser individualizados y en el mejor de los casos cuando eran tomados en cuenta, lo eran como información accesorio que serviría de marco para determinar la riqueza o no del hogar censado.

Durante los siglos XVII Y IXX, los censos retoman su auge al ser utilizados como método para promover y justificar la necesidad o no, de las nuevas políticas sociales de la época. Era una práctica común durante la época victoriana, que los datos estadísticos fueran manipulados para que coincidieran con las medidas e intereses que se querían promover (Holt 2008), tanto por los poderes de gobierno, así como por grupos de presión, quienes “ajustaban” los datos a la necesidad de las políticas pretendidas o por el

contrario, para que sirvieran de evidencia para fundamentar la negativa a las peticiones de cambios en las políticas sociales. Como medida de contención ante lo que se tornó en un creciente y descarado manoseo de los datos, a mediados del siglo XIX se comenzaron a tomar medidas para abordar los problemas existentes en cuanto a metodología y la recolección de la información. A pesar de estas disposiciones, los problemas de opacidad siguieron presentándose por lo que ya desde entonces, muchos advirtieron sobre los peligros que presentaban los usos de la estadística en la toma de decisiones públicas, advirtiendo que esta técnica estaba permeada por un subtexto político que quedaba escondido, bajo su aura de pretendida objetividad científica, y evidenciarse su poder para manipular ciertas condiciones sociales, que no convinieran a quienes ejercían el poder político.

A pesar de las voces de alerta emitidas por la Asociación Británica para el avance de la Ciencia, que preocupadas ante el creciente y amplio uso de los indicadores en diferentes áreas externaban cautela, en 1834 se constituyó la Asociación Londinense de Estadística. Esta asociación, logró constituirse eso sí bajo la expresa prohibición de utilizar los métodos estadísticos, para propugnar ideas políticas y o decisiones económicas (Eves, 2002). Los indicadores sociales fueron impulsados en una época en la cual el positivismo y su concepción de una supuesta realidad independiente y objetiva estaban en auge, por lo que su uso fue promovido como una herramienta técnica y objetiva que era capaz de brindar al unísono, una perspectiva desde el todo y sus partes que lograba visualizar además, la trayectoria y los cambios que en el tiempo podrían haber sufrido los datos, así como evidenciar los nuevos e importantes movimientos poblacionales, que en esa época se habían incrementado como consecuencia del crecimiento de las nuevas sociedades industrializadas. Estos argumentos sirvieron para que, desde entonces, este método de medición y diagnóstico, fuera cada vez más utilizado como una herramienta que lograba brindar una aparente información clara y concisa, a pesar de las grandes opacidades en su construcción.

Así la estadística y el uso de los datos como descriptores de una supuesta realidad objetiva, se convirtió en uno de los proyectos de la Modernidad y en el pilar del "conocimiento sistematizado"; un conocimiento que se pretendía inmune a los prejuicios y a las subjetividades, al ser presentado como fruto de la mecánica y de las invariables y diáfanas leyes matemáticas (Merry, 2011). La estadística se convirtió entonces, en una herramienta fundamental de las tecnologías de gobernanza, y entre sus otros muchos usos prácticos, fue utilizada como la herramienta técnica para decidir por dónde pasarían las nuevas líneas

ferroviarias y establecer las incipientes y novedosas estadísticas de salud, que serían utilizadas por las crecientes industrias de transportes y aseguramientos entre otras.

Luego de la Segunda Guerra Mundial, la estadística experimentó una gran expansión de la mano de la necesidad de información macro económica, como herramienta para guiar los programas de recuperación y desarrollo de las emergentes instituciones internacionales. En un contexto de pos-guerra en el que prevalecían los resentimientos y la falta de confianza, la nueva tecnología estadística de clasificar a los países con un método "objetivo" acorde con su desempeño, logró convencer a las mayorías sobre sus bondades. Luego del éxito obtenido por los novedosos indicadores económicos durante los años sesenta del siglo pasado, se acuñó el término de "indicadores sociales" (Land, 1983, Ferris 1988), en un intento por emular ese éxito, en el sector de las ciencias sociales.

A pesar de su impulso inicial en esta área, las voces de alerta dentro del sector social no se hicieron esperar y denunciaron las claras limitaciones que los indicadores sociales presentaban en cuanto a subjetividad y opacidad en sus metodologías, diseños y recolección de datos. A pesar de los avisos, el uso de indicadores sociales siguió en aumento y durante los años setentas surgieron términos que hoy en día nos son muy conocidos, tales como ingeniería social y metas de desarrollo, conceptos que, entre otros, las fueron posicionando y naturalizando cada vez más en el imaginario colectivo.

Durante los años 80, el uso de los indicadores dentro del área de los Derechos Humanos fue de nuevo altamente cuestionado. Sus usos fueron considerados y denunciados como irrelevantes y causantes de confusión al reconocerse que, al ser los indicadores sociales herramientas diseñadas para lidiar con números y "datos duros", compartían tanto los beneficios, como los peligros derivados de sus orígenes como herramientas financieras (Land, 1983; Ferris, 1988; Rosga & Satterthwaite, 2009). A pesar de estos señalamientos, sus innegables virtudes como instrumentos que permiten presentar gran cantidad de datos e información de una manera simple y concisa, prevalecieron sobre sus advertidas debilidades. La Convención de Viena de 1993 al declarar la indivisibilidad, universalidad e interdependencia de los Derechos Humanos, es señalada como el motor que le dio un nuevo impulso y fuerza a los indicadores como herramientas para monitorear el contenido de los derechos económicos, sociales y culturales (DESC), que hasta entonces eran concebidos como "aspiracionales" o no exigibles por gran parte de los países, en razón de la dicotomía en la que se incurría por algunos sectores de los Derechos Humanos, al contraponer los derechos

civiles y políticos como obligaciones de resultado, en tanto que los DESC se consideraban como cualitativamente diferentes, al ser concebidos estos como obligaciones de conducta.

Esta construcción discriminatoria de los Derechos Humanos, está hoy completamente superada, pero es necesario recordarla para entender las necesidades a las que se enfrentaban quienes en esa época trabajaban en esta área y que no contaban con herramientas que les permitieran evaluar sistemáticamente, el cumplimiento de los diferentes instrumentos internacionales que establecían su protección (Rosga & Satterthwaite, 2009) e implementación. Así surgió el problema de lograr determinar, qué derechos formaban parte de los DESC y cuáles no. Esta disyuntiva representaba un nuevo desafío metodológico en el uso de los indicadores, que al pretender delimitar cuál era el objeto que se pretendía medir, evidenció los severos problemas de conceptualización que surgían al tratar de establecer consensos que establecieran, qué es exactamente aquello que constituye el objeto del derecho que se pretende evaluar.

Como bien lo aclara Stiegler (1986), para que cumplan con los requisitos del método científico, las mediciones deben poder ser comparadas. Por tanto, para que sean susceptibles de comparación, se requiere de un acuerdo común en cuanto a su exactitud, lo que significa poder medir y expresar certeramente su nivel de incertidumbre y los valores inferenciales que de ella derivan” (p.1)¹. Es así como en la práctica, establecer cuáles conductas forman parte del objeto a ser medido devienen en problemática. ¿Cómo se mide el concepto de la libre expresión; cuáles conductas lo construyen y cuáles no?; ¿cuáles son y cómo se constituyen los parámetros de igualdad que se pretenden proteger? ¿Qué entendemos por igualdad? ¿estamos conceptualizando una igualdad formal o substantiva y por qué? ¿Qué papel juega la equidad etc.? Estas son solamente algunas de los miles de interrogantes que surgen en la práctica al tratar de otorgarle un valor jerárquico a un Derecho Humano y pretender otorgarles un valor determinado a cada uno, como método para poder medirlos y compararlos entre sí. Pero entonces: ¿Cómo medir y comparar derechos como la libre expresión, la igualdad o la libertad de pensamiento? ¿Cuántas torturas equivalen a una muerte? ¿Qué es ser pobre? Estos y otros tantos conceptos representaban y siguen representando aún hoy, grandes retos metodológicos que siguen dando pie, a no pocas denuncias de inconformidad y manipulación política, cuando se utilizan indicadores como herramienta política de medición, bajo la innegable evidencia de que la conceptualización del objeto a medir, estará siempre permeada por criterios subjetivos, que son

los que en definitiva determinarán la construcción y conceptualización del objeto que se pretende medir.

El fin de la guerra fría, permitió la recopilación de gran cantidad de información, por las nuevas y fortalecidas instituciones internacionales amparadas a las nuevas políticas de apertura y globalización. Así, a pesar de que las clasificaciones internacionales comparando el desempeño entre varios países ya se habían venido utilizando desde la Segunda Guerra Mundial, sus usos no habían llamado mayormente la atención hasta que el Banco Mundial realizó una publicación en conjunto con el Fondo de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), en la que los resultados de las mediciones que se hicieron sobre el desempeño de los países, fueron comparados utilizando una tabla en la que se los clasificaba ordinalmente con notas o puntuaciones. Era esta la primera vez que se creaba una tabla de clasificación, en la que se pretendía establecer una relación de la incidencia que tenía el concepto de Libertad sobre el crecimiento económico de un país; medición que dio origen a lo que fue el entonces primer intento de sistematización de lo que se llamó, el Índice de Libertad Humana (Barsh, 1993). La presentación de este índice, generó una gran confrontación con el entonces grupo de naciones que en las Naciones Unidas conformaban el denominado Grupo de los 77 (G77).

El G77 pretendió refutar los resultados del informe presentado, argumentando que intentar medir conceptos abstractos tales como la libertad, no puede sino ser el fruto de una perspectiva personal y subjetiva; por lo cual el grupo cuestionó airadamente, la metodología utilizada en la conformación de las variables. A estas recriminaciones el PNUD contestó que el reporte era perfectamente compatible con la Declaración de los Derechos Humanos, al tiempo que negaba los rumores que ya corrían, sobre el posible condicionamiento de la asignación de las partidas económicas de cooperación, a los resultados de la medición y el lugar obtenido por los diversos países en la clasificación general del informe elaborado.

A pesar de las promesas anteriores, el Banco Mundial publicó el informe del nuevo Índice de Libertad Humana unas pocas semanas después. En este se hacían correlaciones estadísticas con la intención de demostrar cómo el respeto o no a los Derechos Humanos, tenía una incidencia directa en la constitución de las economías nacionales. Este segundo informe generó nuevas y aireadas acusaciones por parte del G77, ante las cuales “durante una sesión del Consejo de las Naciones Unidas de febrero de 1992 el Consejo acordó que, en lo subsiguiente, no se volverían a publicar clasificaciones en las que los países fueran numerados jerárquicamente, pero que la investigación en el área de los indicadores podría proseguir” (Barsh, 1993, p.89). Así a pesar de las

¹ Traducción de la autora.

promesas hechas, la elaboración de indicadores y sus consecuentes publicaciones en forma de tablas clasificatorias, pronto iniciaría un incremento expansivo gigantesco de la mano de la incorporación de las nuevas tecnologías de auditoría, las que junto con los conceptos importados desde la actividad corporativa, llegarían a conformar lo que hoy en día conocemos como centros de recuento; centros desde los cuales como veremos, se generan y fortalecen las actuales y crecientes tecnologías de gobernanza a distancia, así como a nuevas formas de generación del conocimiento.

Los índices e indicadores como formas de conocimiento y gobernanza

Gobernanza es un término muy amplio que variará muchísimo en su acepción, dependiendo del enfoque que se pretenda resaltar. Gobernanza es así un concepto mucho más amplio que el de la mera regulación, aunque las diferencias entre los dos conceptos sean muchas veces tan sutiles, que su distinción se convierta en una tarea difícil. Es por esta razón, que en este trabajo ambos conceptos son utilizados indistintamente, con la idea de lograr una noción de gobernanza amplia tal como la definida por Foucault, quien la describe como la conducta de conductas; es decir una forma de actividad, que pretende modelar, guiar y afectar la conducta de las personas o grupos de ellas (Gordon, 1991). Así gobernanza en sentido amplio comprendería también las relaciones interpersonales, las relaciones dentro de las instituciones y comunidades, así como aquellas relacionadas con el ejercicio político de la soberanía nacional. Este concepto comprende que las formas posibles de ejercer presión para influenciar las formas de producción y distribución de recursos, pueden ser múltiples e incluyen lo que se ha llamado como “tecnologías de gobernanza” (Miller y Rose citado en Davis, Fisher et. al, 2012, p.11) o técnicas de poder (Han, 2014); dentro de las que se incluyen entre otras: la asignación o condicionamiento de asignación de diferentes tipos de recursos, tanto materiales como dinero o de personal, o recursos inmateriales como la información, así como las formas de auto-regulación y auto-explotación.

Foucault (citado por Escobar, 2008), establece también que el proceso a través del cual se concreta la realidad social, surge de la articulación del conocimiento con el poder de lo expresado y visibilizado. De acuerdo a esta definición, para poder entender los alcances del discurso, se debe analizar todo el sistema de relaciones y no simplemente sus elementos; por lo que las formas en que el poder, el conocimiento y la construcción de lo social, se intersectan y entrelazan, son claves

para dimensionar y entender las formas en que los índices e indicadores se conforman como los pilares generadores, en la construcción de la naturalización de las nuevas formas de conocimiento y gobernanza a distancia. Siguiendo esta argumentación, establecer, quién tiene el poder de nombrar, delimitar y visibilizar un objeto, es una pregunta crucial, cuya respuesta nos logrará alumbrar el camino muchas veces oscuro, en que se mueven quienes tienen el poder suficiente para conformar y construir realidades.

Así este concepto amplio de gobernanza, estará íntimamente ligado al concepto de poder enunciado por Foucault en su estudio sobre las técnicas disciplinarias; es decir una amalgama que constituye una nueva forma de poder/conocimiento, en la que ambos conceptos quedan entrelazados, integrándose y reforzándose mutuamente, formando parte de las técnicas utilizadas para observar, monitorear y controlar las conductas de los individuos situados dentro del rango de alcance de las instituciones sociales y económicas que lo ejercen (Gordon, 1991). Siguiendo este entramado entenderemos cómo el poder, se convierte en un infinito juego de estrategias, que se aplica no solamente a individuos sino a cualquier conglomerado, incluyendo a naciones e instituciones, tanto públicas como privadas y como es esta forma de poder, la que se equipara con y encubre al concepto de violencia, cuando este es aplicado a aquellos individuos o conglomerados, quienes precisamente como resultado de esta compleja red de fuerzas, ven cercenadas sus posibilidades de autodeterminación y por tanto, de actuar en completa libertad.

Son estos mismos entramados del poder y sus diversas ramificaciones, los que son utilizados por los centros de poder hegemónico al aplicar los resultados de mediciones de cumplimiento como los indicadores, como formas de ejercer el poder para determinar y exigir un tipo de comportamiento determinado bajo pena de no asignar recursos materiales o económicos, en áreas de desarrollo y cooperación internacional. Es desde este análisis y al lograr enfocarnos, no únicamente en los elementos aislados de esta forma de poder, sino en el sistema como un todo, que se logra develar el uso de los indicadores como una nueva forma de aplicar el discurso desarrollista de los años 70 del siglo pasado, en el cual la visión hegemónica y el poder de designar lo que se considera como desarrollo deseable y legítimo, queda apresado por los centros de poder económico mundial. Un sistema detentador del poder para determinar y nombrar situaciones, objetos, conceptos y estrategias, que estableció los pilares de la jerarquización y la construcción del conocimiento que hoy se reproduce desde los nuevos centros de medición o recuento.

Para entender cómo opera este discurso de los indicadores como constructores de formas de conocimiento, será útil analizar algunas de sus características más importantes:

Jerarquización del conocimiento técnico y científico

El objeto de la estadística es la información y su objetivo es el entender la información contenida en los datos (Bartholomew, 1995). La imposición de los índices e indicadores como representaciones matemáticas del fenómeno que dice medir, constituye una clara construcción del pensamiento hegemónico patriarcal, que privilegia y limita las formas válidas de conocer a aquellas consideradas como racionales y científicas. Como bien lo explican Rosga y Satterthwaite (2009), las presentaciones de valores sistemáticamente tabulados, crean una ilusión de objetividad científica al borrar los vestigios de subjetividad necesarias en su elaboración y limitan el proceso crítico reflexivo. Así, las diferentes construcciones de lo que significa un concepto en diferentes contextos, quedan sepultadas bajo los significados que le son asignados por quienes tienen el poder de cuantificar y producir los indicadores, sin importar las contradicciones de sentido, que pudieren surgir de las circunstancias propias del nicho vital de su aplicación.

Reificación

Las conexiones que se establecen entre las mediciones y los conceptos medidos son asumidas, no son un hecho en sí mismas. Por tanto, es así cómo al construir estas conexiones, los indicadores las erigen como un hecho determinado y objetivo; es decir, las engendran al otorgarles vida propia y un nombre al objeto medido y delimitarlo de una forma específica. Diversos estudios han demostrado que 2 años después de crear y lanzar un indicador, el concepto de lo que este pretende determinar, ya no será cuestionado por el público² (Davis, Fisher, et. al., 2012); es decir deviene en real aunque aquello que dice medir no exista como tal o esté distorsionado. Como bien lo apunta Merry (2011), el nombre no es más que una interpretación de lo que se supone que demuestran los números, pero además, va imbuido de toda una carga de subjetividades e intencionalidades. La reificación, así como las relaciones establecidas como ciertas entre las diversas variables, crean una inflexible y única forma de ver y entender fenómenos sociales,

² Una interesante descripción de este fenómeno se puede ver en el trabajo de Liebowitz y Swingel (2012), sobre la reificación de conceptos como mortalidad materna y de Sylvia Chant, en <http://eprints.lse.ac.uk/2869/>, sobre la construcción del concepto de feminización de la pobreza.

que en realidad son multifactoriales y posibles de numerosas interpretaciones. Esta forma de conectar unívocamente las mediciones con los conceptos medidos, es un privilegio de quienes tienen y ejercen el poder de nombrar y definir que enmascara además los posibles cambios que se puedan suceder en el tiempo, configurando por tanto al objeto como estático e inmutable.

Reduccionismo

Su innegable capacidad para representar una gran cantidad de información de manera condensada, constituye sin duda una de sus grandes cualidades y al mismo tiempo un importante peligro. Al tiempo que una clara definición del objeto medido es clave en la construcción de los indicadores, este presenta una de sus grandes limitaciones. Los indicadores sumergen las particularidades e idiosincrasias, invisibilizándolas con su aplanadora homogenizadora, ignorando la diversidad que surge de la interseccionalidad de las condiciones personales y regionales. De esta visión reducida, por ejemplo, surgen programas muchas veces bienintencionados, que crean falsas promesas de soluciones fáciles y homogéneas para situaciones diversas que resultan en fallidos, al no contemplar la diversidad y el contexto de las circunstancias particulares vitales.

Commensurar los datos

Una de las características más importantes de los indicadores, es su capacidad de presentar gran cantidad de datos de forma resumida; pero precisamente esta característica, es uno de sus grandes problemas. Debido a esta simplificación, las variadas y complejas cualidades del objeto medido se tornan en cantidades que comparten una misma métrica, lo que posibilita que objetos que son diversos, sean comparables entre sí. Bajo esta lógica absurda de estandarización, es que se nos presenta la posibilidad de comparaciones paradójicas, tales como por ejemplo el cuestionarnos ¿cuántas torturas equivalen a un asesinato? Aunque esta pregunta nos parezca desatinada e insensata, es precisamente esta misma lógica el resultado de pretender otorgarle un coeficiente numérico que pretende equiparar actos diversos con consecuencias subjetivas, cuyas valoraciones se verán permeadas por valores culturales contextualizados y procurar crear una escala descontextualizada y homogenizada.

Esta transformación de los conceptos en meras representaciones numéricas, los despoja de toda carga de sentido y contexto. Un claro ejemplo de las consecuencias de esta distorsión, será el convertir al indicador en sí mismo en una meta a alcanzar, retorciendo los ideales del objeto que se pretende medir y creando una ilusión de cumplimiento, al

limitarse a la existencia de un derecho formalmente, no así de su disfrute efectivo. Esta situación es clara por ejemplo cuando un indicador se limita a verificar la existencia en la legislación de un país, sin otorgarle peso a las voces de los ciudadanos que atestiguan su mera formalidad y no disfrute efectivo. Al circunscribirse a un sistema de métrica no existe posibilidad de valorar su goce sustantivo, por lo que ese derecho sólo existirá formalmente, pero llenará los requisitos del objeto así conceptualizado. Esta es una situación muy común que surge de la métrica, al establecer la variable obviando que las discriminaciones son estructurales y mucho más profundas que la obvia prohibición o habilitación legal.

Naturalización de prácticas y conceptos corporativos

Cada vez son más las corporaciones e instituciones financieras las encargadas de recolectar los datos y elaborar los índices e indicadores, que utilizan las instituciones internacionales y nacionales. Esto ha traído entre otras consecuencias, una naturalización de las estrategias y discursos de organismos que promueven los derechos humanos "promocionándolos" como un buen negocio. Así por ejemplo las Naciones Unidas, ha promovido la igualdad de género como un buen negocio para las economías nacionales o corporativas, campaña que ha sido replicada por instituciones tanto públicas y privadas. Esta burda mercantilización de los valores y principios que rigen la declaración de los Derechos Humanos, es un claro ejemplo de la comercialización de estos en función de una lógica de mercado.³ De esta lógica corporativa de los derechos humanos, ha emergido todo un nuevo sector de negocios el cual promueve nuevas formas de inversión económica, conocidas como inversiones de impacto. Estas inversiones se promueven como una nueva forma de filantropía que desvirtúa al concepto como tal, ya que, a diferencia de esta, la intencionalidad de la inversión no es la empatía ni el deseo de ayudar, sino únicamente su posible retorno financiero.

De este modo la ayuda se convierte en una "inversión social" ligada y supeditada a una rentabilidad para el inversionista, ergo si no hay retorno no habrá inversión ni ayuda. Bajo esta lógica financiera siguiendo el ritmo de los mercados, las inversiones filantrópicas, se moverán de un área de los derechos humanos a otra no en razón de una decisión ética, sino de su atractivo como posible propaganda que rinda frutos de posicionamiento en el mercado, así como de su rentabilidad o retorno, creando una terrible colusión de intereses en la que los beneficiarios se

confunden con clientes o peor aún con mercadería, en una mercantilización que deshumaniza los derechos humanos al borrar sus fundamentos éticos y convertirlos en meras oportunidades ampliar la cartera de inversiones, promoviendo nuevos mercados y una imagen de compromiso social.

Escalas de medición

Las escalas de medición es una característica que está íntimamente ligada a las prácticas corporativas de Benchmarking o evaluaciones comparativas. Esta práctica ampliamente diseminada en el área de los derechos humanos, se caracteriza por la elaboración de indicadores que comparan los resultados obtenidos por los diversos países en una tabla ordinal jerárquica. Esta semiótica actúa como una forma invisible de perpetuación del discurso colonial, en la que desde el juego de las formas aparentemente inocuas desde las cuales se presenta la información, se sigue posicionando al norte global arriba como superior, sobre un sur periférico e imperfecto.

De este modo al ser la mayoría de los indicadores construidos y diseñados en el norte global, los indicadores contribuyen a la perpetuación y naturalización del discurso colonial que posiciona a los países del sur post-colonial como bárbaros e incivilizados y que refuerza la falsa idea de que el norte global ya ha alcanzado un ideal de implementación y disfrute de derechos (Liebowitz y Zwingel, 2014), en tanto que el sur sigue siendo inferior e incompleto. Esta presentación de la información en escalas ordinales parte de los valores patriarcales y corporativos, arraigados en un esquema mental surgido desde la competición, y la contienda de suma cero, que incapaz de posicionarse en un modelo solidario de ganar-ganar insiste en presentar a unos países como la norma y a otros como deficientes y atrasados en un imaginario de escalas, en el que, si un país sube en el escalafón, significará que otro ha de bajar y ceder su lugar.

Reflexión final

El poder de los índices e indicadores como formas de producción y jerarquización del conocimiento está imbuido por una mezcla del poder violento que exige sometimiento y aquiescencia, que lesiona los poderes soberanos de los Estados y de los procesos de autodeterminación democrática de los pueblos. Es un poder que se asienta en la fuerza del poder burdo y económico que se nutre de la necesidad de recursos de aquellos sobre quienes se ejerce, pero es también un reflejo de las nuevas formas de poder inteligente del neoliberalismo descritas por Han (2014). Un poder que opera desde la invisibilidad que le otorga la auto-regulación que surge desde un discurso de la superación y la optimización; desde la

³ ver por eje: <http://m.portafolio.co/opinion/otros-columnistas-1/la-igualdad-de-genero-progreso-para-todas-y-todos-500505>

naturalización de categorías y conceptos eurocéntricos de lo deseable y posible que sostienen estructuras de dominación con sus conceptos de geo-cultura y sistema mundo colonial. Un discurso neocolonial que acentúa y legitima el peso de los centros de poder, a los nuevos centros de recuento y medición.

La naturalización de los usos en los usos de los indicadores, ha hecho que sus peligros y su fuerza como nuevas formas de neocolonialismo, homogenización de conductas y conocimiento, quede invisibilizado bajo el peso del discurso nacido desde la jerarquización del conocimiento científico como superior y objetivo. Esta forma de dominio epistemológico nacido del paradigma surgido desde la Modernidad, con su creación de modelos ideales y un pretendido conocimiento objetivo, es hoy

superado por el surgido desde una visión holística del mundo. Una perspectiva que se aleja de esa visión positivista que promovía la separación de la realidad y de quien la percibe y que configuraba al mundo en una mirada fragmentada desde un mundo concebido como si de una máquina se tratara, en la que sus partes son intercambiables. Hoy desde la física cuántica se comprueba además, que el observador y lo observado se afectan mutuamente, que el mundo lejos de la visión mecanicista es complejo, dinámico y diverso y que las narrativas y discursos esencialistas esconden bajo su manto de simplicidad, la violencia reduccionista y controladora de la visión y saber únicos y jerarquizados, emanados desde los centros de poder hegemónicos.

Referencias

- Anderson, M. (1992). The history of women and the history of statistics. *Journal of Women's History*, 4 (1), 14-36.
- Barsh, R. (1993). Measuring Human Rights: Problems of Methodology and Purpose. *Human Rights Quarterly*, 15 (1), 87-121.
- Bartholomew, D. J. (1995). What is Statistics? *Journal of the Royal Statistical Society*, 1-20.
- Bryman, A. (2008). Ch 16: The Nature of Qualitative Research. En *Social Research Methods* (pp. 365-399). US: Oxford University Press.
- Darrow, D. (2001). From Commune to Household: Statistics and the Social Construction of Chaianov's Theory of Peasant Economy. *Comparative Studies in Society and History*, 43 (4), 788-818.
- Davis, K. E., Fisher, A., Kingsbury, B., Engle Merry, S. & (eds.). (2012). *Global Governance by Indicators*. (K. E. Davis, A. Fisher, B. Kingsbury, & S. Engle Merry, Edits.) Oxford, United Kingdom: Oxford University Press.
- Davis, L. J. (2006). Constructing Normalcy: The Bell Curve, the Novel and the invention of the Disabled Body in the Nineteenth Century. En L. J. Davis, *The Dissability Studies Reader* (págs. 3-16). New York, USA: Routledge.
- Escobar, A. (2008). Chapter 8: The Making and Unmaking of The Third World Through Development. En A. Escobar, *The Post Development Reader* (págs. 84-92). London, UK: Zed Books.
- Eves, H. W. (2002). A very Brief History of Statistics. *The College Mathematics Journal*, 33 (4), 306-308.
- Foucault, M. (1978). *The History of Sexuality Volume I An Introduction*. (R. Hurley, Trad.) New York: Random House Inc.
- Foucault, M. (1991). En M. Foucault, G. Burchell, C. Gordon, P. Miller, & C. G. Graham Burchell (Ed.), *The Foucault Effect. Studies in Governmentality*. The University of Chicago Press.
- Gordon, C. (1991). Government rationality: an introduction. En M. Foucault, G. Burchell, C. Gordon, & P. Miller, *The Foucault Effect. Studies in Governmentality*. The University of Chicago Press.
- Han, B. (2014). *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. (R. Bergér Trad.) Barcelona, España: Herder.
- Henriot, P. (1970). Political Questions about Social Indicators. *The Western Political Quarterly*, 23 (2), 235-255.
- Holt, T. (2008). Official Statistics, Public Policy and Public Trust. *Journal of the Royal Statistical Society. Series A*, 171(pp. 322-346). UK: Wiley.
- Kendall, M. (1960). Studies in the History of Probability and Statistics. Where Shall the History of Statistics Begin. *Biometrika*, 47 (3/4), 447-449.
- Land, K. (1983). Social Indicators. *Annual Review of Sociology*, 9, 1-26.
- Landmann, T. (2004). Measuring human rights: Principle practice and policy. *Human Rights Quarterly*, 26 (4), 906-931.
- Liebowitz, D., & Zwingel, S. (2014). Gender Equality Oversimplified: Using CEDAW to Counter the Measurement Obsession. *International Studies Review* (16), 362-389.
- Merry, S. E. (2011). Measuring the World. *Current Anthropology*, 52, 83-95.
- Rosga, A., & Satterthwaite, M. (2009). The Trust in Indicators: Measuring Human Rights. *Berkeley Journal of International Law*, 27 (253), 253-315.
- Satterthwaite, M. (2012). Rights-based Humanitarian Indicators in Post-earthquake Haiti. En K. Davis, A. Fisher, B. Kingsbury, & S. Engle Merry, *Governance by Indicators* (págs. 365-391). Oxford, UK: Oxford University Press.
- Stigler, S. (2003). *The History of Statistics: The Measurement of Uncertainty Before 1900*. Cambridge, Massachusetts, US: The Belknap Press of Harvard University Press.